

IV. LA (IN)CULTURA DEMOCRÁTICA EN MÉXICO

CIRO MURAYAMA¹

México vive inmerso en una enorme paradoja en los primeros dos decenios del siglo XXI: la democracia se recrea en las urnas y es la ciudadanía a través de su sufragio quien determina una y otra vez a sus gobernantes y representantes populares, pero a la vez hay un preocupante desapego social hacia la democracia y sus instituciones fundamentales.

Los estudios realizados en los dos decenios recientes sobre la calidad de la democracia y la ciudadanía son elocuentes en señalar no sólo problemas sin resolver sino retrocesos significativos. Por ello, la Estrategia Nacional de Cultura Cívica (ENCCIVICA) realizada por el Instituto Nacional Electoral (INE) en 2016 señala como un problema público la debilidad de la cultura democrática, que “se expresa a través de la distancia que separa a la ciudadanía de los procesos de toma de decisiones sobre la vida pública, de la desconfianza sobre el cumplimiento de las normas y del desencanto con los resultados entregados por las instituciones públicas”.

Entre los diagnósticos que refuerzan esta conclusión se encuentran: el INFORME PAÍS² sobre la Calidad de la Ciudadanía en México, realizado también por el INE en 2015; el Informe *Latinobarómetro 2015: veinte años de opinión pública*, elaborado por la Corporación Latinobarómetro; la *Tercera Encuesta Nacional de Cultura Constitucional*, a cargo del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México en 2017; así como la Consulta Infantil y Juvenil, realizada por el INE a propósito de las elecciones federales de 2015.

En común dichos estudios muestran que, por lo general, los mexicanos no se interesan ni participan de manera cotidiana en la “cosa pública”. Por ejemplo, en la Encuesta Nacional³ se señala que seis de cada diez entrevistados dijeron estar “poco” o “nada” interesados en la política. Y más aún, ante preguntas específicas sobre el conocimiento de las responsabilidades de los poderes públicos, las respuestas son desalentadoras.

No debe perderse de vista que la cultura cívica siempre tiene determinantes materiales y que ningún régimen político, en especial la democracia, puede enraizar apoyo social si en términos de bienestar hay deterioro de las condiciones de vida de la población a la que se debe al Estado mismo. En México, la democracia ha coincidido con un largo periodo de estancamiento económico, expansión absoluta de la pobreza, pérdida de expectativas de mejoría en la vida que tendrán los hijos

¹ Economista. Consejero Electoral del Instituto Nacional Electoral.

² *Informe País sobre la calidad de la ciudadanía en México*, Instituto Nacional Electoral, México, 2015. Estudio realizado a partir de la Encuesta Nacional sobre Calidad de Ciudadanía levantada en 2013, que incluyó 11 000 entrevistas, y que tiene información representativa de toda la república, cinco regiones geográficas, diez entidades federativas y doce municipios.

³ Los mexicanos y su constitución. Tercera encuesta nacional de cultura constitucional. Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2017, <www.losmexicanos.unam.mx/MexicanosConstitucion/index.html>.

respecto de la de sus padres y, desde hace ya un decenio, una ola de violencia que afecta la existencia diaria de millones de mexicanos.

El mal desempeño económico, junto con la debilidad del Estado de derecho y de la propia sociedad civil, en un océano de desigualdad social, subrayan el riesgo detectado hace más de diez años por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de que el malestar “en la democracia” se traduciría en malestar “con la democracia”.⁴

MÉXICO A LA ZAGA EN AMÉRICA LATINA EN APOYO A LA DEMOCRACIA

Según el Informe 2015 del Latinobarómetro, “a lo largo de los veinte años de mediciones de este instrumento, América Latina no ha avanzado en el apoyo a la democracia”.⁵ En promedio, 56 de cada 100 latinoamericanos consideran a la democracia “preferible a cualquier otra forma de gobierno”; el mayor apoyo está en Venezuela (86%) y el menor en Guatemala (33%). México está por debajo del promedio de la región, con 48%. El dato no es menor: no hay más mexicanos que prefieran a la democracia respecto a los que son indiferentes al régimen político sumados a los que en algunas circunstancias preferirían un régimen autoritario.

Como establece el informe, el apoyo a la democracia está vinculado con el grado de satisfacción con la democracia. Mientras que en América Latina 37 de cada 100 se dicen satisfechos con ésta, en México sólo lo está uno de cada cinco (19%) –lo que constituye el nivel de satisfacción con la democracia más bajo de la región-. En contraste, el mayor nivel de satisfacción se registra en Uruguay, con 70%. Si se mide la brecha, como hace el Informe, entre apoyo y satisfacción a la democracia, el promedio en la región es de 19 puntos. En México sube hasta los 29.

Un sistema democrático estaría vacío sin representación formal de la pluralidad política, es decir, sin parlamentos y sin organizaciones de ciudadanos participando en la política: sin partidos. Pero parlamentos y partidos tienen un grado de apoyo sistemáticamente inferior que el que recibe la propia democracia, lo cual subraya la difusa noción que el concepto mismo de democracia puede tener en las sociedades latinoamericanas.

Según el latinobarómetro, sólo 23% de los latinoamericanos se sienten representados por el Congreso; donde más es en Uruguay con 45% y donde menos es Perú, con 8%. México vuelve a estar por debajo de la media: 17%. Además, la cercanía con los partidos políticos es débil: sólo 40% de los ciudadanos se sienten cercanos a un partido político; donde más es Uruguay (72%) y en el otro extremo están Brasil (23%) y Chile (24%). En México el porcentaje es 32%, de nuevo por debajo del promedio regional.

De acuerdo con datos del INFORME PAÍS, la confianza de los ciudadanos hacia los partidos políticos y los diputados es inferior a 20%, y sólo un 34% confía en la

⁴ *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, PNUD, Nueva York, 2004, <<http://www2.ohchr.org/spanish/issues/democracy/costarica/docs/PNUD-seminario.pdf>>.

⁵ Latinobarómetro 2015, *Veinte años de opinión pública, 1995-2015*, Chile, p. 40.

CUADRO 1. SATISFACCIÓN CON LA DEMOCRACIA Y LA ECONOMÍA EN AMÉRICA LATINA, 2015

Pregunta	América Latina (%)	México (%)
En general, ¿diría Ud. que está Muy satisfecho, Más bien satisfecho, No muy satisfecho o Nada satisfecho con el funcionamiento de la democracia en (país)? *Aquí 'Muy satisfecho' más 'Más bien satisfecho'	37	19
¿Con cuál de las siguientes frases está Ud. más de acuerdo? La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno.	56	48
¿Cree Ud. en términos generales, que las elecciones en este país son limpias o son fraudulentas? *Sólo 'limpias'	47	26
¿Usted se siente políticamente representado por el parlamento/congreso? *Sólo 'Sí'	23	17
¿Hay algún partido político hacia el cual se sienta usted más cercano que hacia el resto de los partidos políticos? *Sólo 'Sí'	40	32
En general, ¿diría Ud. que está muy satisfecho, más bien satisfecho, no muy satisfecho o nada satisfecho con el funcionamiento de la economía en (país)? *Sólo 'Muy satisfecho' más 'Más bien satisfecho'	25	13
¿Diría Ud. que este país...? Está progresando, Está estancado, Está en retroceso *Sólo 'Está progresando'	32	18
¿Y en los próximos doce meses cree Ud. que, en general, la situación económica del país será Mucho mejor, Un poco mejor, Igual, Un poco peor o Mucho peor que ahora? *Sólo 'Mucho mejor' más 'Un poco mejor'	37	26

FUENTE: Latinobarómetro, 2015.

autoridad electoral. La desconfianza en las fuerzas políticas ha llevado, incluso, a desacreditar la profesión de servidor público ya que se tiende a vincular, de forma automática, con la deshonestidad. En la Encuesta Nacional, los ciudadanos señalaron que desconfían del servidor público porque éstos “roban, abusan de su posición y sólo ven por sus intereses”. Es más, ante la pregunta: ¿QUÉ TAN DE ACUERDO O EN DESACUERDO ESTÁ USTED CON QUE UN FUNCIONARIO PÚBLICO PUEDE APROVECHARSE DE SU PUESTO SI HACE COSAS BUENAS? Seis de cada diez encuestados respondieron estar “muy de acuerdo” y “de acuerdo”. Es decir, el funcionario público hoy –ante los ojos de la gente a la que sirve– es deshonesto, pero también incapaz.

Según la misma encuesta, la capacidad percibida del gobierno para dar respuesta a las necesidades ciudadanas es muy limitada, lo que conlleva un incremento en la insatisfacción con su desempeño. Ante la pregunta *¿el gobierno responde o no responde a las necesidades de la gente?*, casi tres de cada diez encuestados (27.4%) señalaron que “sí” y “sí en parte”, frente a siete de cada diez que respondieron que “no” y “no, en parte.”

Estas cifras, indicativas del déficit de aprecio hacia instituciones fundamentales de la democracia, sugieren que es indispensable una transformación de las prácticas políticas para evitar una crisis mayor de legitimidad del aún joven sistema plural de partidos. Pero la desconfianza de los mexicanos no sólo se refiere a la “clase política”, sino que afecta a todo el tejido social y a las relaciones interpersonales. Según el Informe país, 70% afirma que “no se puede confiar en la mayoría de las personas”. Además, sólo 36% confía en el gobierno de su estado y apenas 30% tiene confianza en el gobierno municipal. Los mexicanos recelan del legislador, del alcalde, del político, pero también del maestro (44% desconfía de ellos), del cura (45%).

El ciudadano cumple con votar pero no confía mucho ni en la autoridad que recibe y cuenta el voto, ni en los políticos que está eligiendo, ni en el gobierno o en la sociedad de la que forma parte. De hecho, ni siquiera confía en su propio poder de incidencia en el espacio público: 70% de los entrevistados considera que no tiene influencia sobre acciones del gobierno y la mitad de las personas que participan en alguna acción política no electoral piensa que no obtiene los resultados esperados.

No es mejor el panorama en lo que toca a la percepción sobre el Estado de derecho y la justicia en México. Sólo 4 de cada 100 consideran que las leyes se respetan “mucho”, mientras que 37 sostienen que “poco” y 29 que “nada”. De quienes han sido víctimas de algún delito, 61% no presentó denuncia, y cuatro de cada diez refieren haber tenido malas experiencias con la autoridad en el pasado.

En México no se percibe que se cumpla y se respete la ley, lo que constituye el indicador más claro de contar con un Estado de derecho débil e ineficaz. La Encuesta Nacional también arroja información en el mismo sentido: 83% de los encuestados piensa que se cumple “poco” o “nada” la Constitución. Además, alerta sobre una porción nada desdeñable de la población que piensa que es legítimo hacerse justicia por su propia mano y sobre la creciente falta de importancia que se da al debido proceso: tres de cada 10 cree que los miembros de una comunidad tienen derecho a tomar en sus manos el castigo si las autoridades no hacen nada y 47% sostuvo que es peor encarcelar a un inocente frente a 42% que piensa que lo peor es dejar libre a un culpable.

Una sociedad desconfiada, también es poco participativa en la vida comunitaria y ciudadana. Hace ya casi 25 años, Jacqueline Peschard⁶ señalaba que la cultura política democrática en México adolece de un componente básico: la capacidad de organización para incidir en la vida pública. En la actualidad ya no sólo se cuestiona cada vez más la necesidad de los partidos políticos como actores clave de nuestra vida democrática, sino que la ciudadanía tampoco se logra organizar de forma eficaz y efectiva en la defensa del bien común.

Según el INFORME PAÍS, más allá de la emisión del voto (la participación electoral ronda el 62%), sólo 3.38% es miembro activo de un partido político, 3.65 de un sindicato, 1.5 de una asociación profesional, 1.21 de una organización ambientalista y 1.08 de una organización de protección de los derechos humanos. La mayor

⁶ Jacqueline Peschard, *La Cultura Política Democrática*, Cuadernos de divulgación de la cultura democrática, Instituto Federal Electoral, México, 1994.

participación se da en organizaciones religiosas (10.81%), en asociaciones de padres de familia (6.19%) y en organizaciones deportivas (5.47%). Es decir, los mexicanos participan más en actividades predemocráticas que poco influyen en la expansión de los derechos y del bienestar colectivo.

Además, se constató que la desigualdad social tiene efectos sobre los niveles de participación, pues a mayor nivel de ingresos y a mayor escolaridad aumenta drásticamente la pertenencia a organizaciones de la sociedad civil. Esto, a su vez, amplía las brechas sociales: las élites se organizan más para impulsar y defender sus intereses que los pobres.

Ante la desigualdad social ancestral que ha caracterizado al país, la discriminación es asunto de todos los días. Según el mismo informe, 75.3% de la población percibe que a las personas se les discrimina por su apariencia física, 76% por su clase social, 71% por su color de piel, 59% por ser mujer y 71% por ser indígena. Más aún, la Encuesta Nacional señala que quienes tienen menos ingresos se han sentido más discriminados, mientras que quienes tienen un nivel económico más alto padecen menos esta situación.

Así, los datos nos muestran indicios de perpetuar estas tendencias al exponer una vivencia elitista de la democracia. Ésta no sólo se percibe como un sistema que establece reglas diferenciadas para su población o que es incapaz de resolver problemas comunes, sino que muestra que el goce de los derechos de los ciudadanos está ligada a las desigualdades estructurales del país.

Variables como el nivel educativo, el salarial y el género resultaron significativos en los análisis del INFORME PAÍS al medir la calidad de la ciudadanía: entre mayor nivel de educación e ingreso, una persona tiene mayores probabilidades de tener más confianza en los otros, de ser miembro de organizaciones sociales, de contar con mayor capital relacional y de participar en actividades políticas no electorales. En este sentido, resulta interesante que:

- Una persona con posgrado tiende a apoyar 28% más la democracia como sistema de gobierno que quienes no han terminado la primaria;
- Las personas con un ingreso mensual de uno a dos salarios tienden a apoyar la democracia 19% menos que los que tienen entre 10 y 30;
- Las personas con grados más elevados de educación disfrutan de mayores niveles de capital social (casi 20 puntos porcentuales sobre su contraparte con menores niveles educativos);
- Las mujeres votan más pero están más aisladas para acceder a sus derechos. El género femenino resultó ser una variable significativa para disminuir las probabilidades de participar en actividades no electorales, contar con capital relacional, así como de confiar en el prójimo y en las instituciones.

DEMOCRACIA Y ECONOMÍA: LA BASE MATERIAL DE LA INSATISFACCIÓN CIUDADANA

La desigualdad corroe el ideal democrático. De ello da cuenta el Latinobarómetro:

“Los 20 años de mediciones confirman la relación entre satisfacción con la democracia y desempeño económico, pues el nivel de satisfacción con la democracia acusa recibo de las crisis económicas”.⁷ Aún más, señala que “la economía es una potente fuente de éxito de los gobiernos, ya que en los años que América Latina más crece en su conjunto, estando todos los países en democracia, se produce el periodo político, no sólo económico, más próspero que ha tenido la región en toda su historia”.⁸

Sin embargo, existe una excepción: el crecimiento económico de América Latina en casi todo lo que va del siglo fue sistemáticamente mayor que el de México. Nuestro país, por diversas razones —entre las que destaca una inadecuada y conservadora política económica, que no ha sufrido cambio ni alternancia en su conducción por tres largos decenios— no vivió el boom latinoamericano de los últimos dos lustros, sino que prolongó su fase de estancamiento estabilizador. Además, señala el mismo documento: “el grado de crecimiento no es lo que determina el nivel de satisfacción, sino más bien el impacto de ese crecimiento en el aumento de bienestar de la población o en los efectos negativos que los ciclos recesivos tienen en la calidad de vida de la gente”.⁹

El problema es que en México no ha habido ciclo de crecimiento económico reciente, tampoco reducción de la desigualdad ni disminución relativa ni absoluta de la pobreza. De acuerdo a las cifras oficiales del Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social (CONEVAL), en 2000, año de la primera alternancia política y del reconocimiento propio y ajeno de México como nación democrática, 53.6% de la población vivía en condiciones de pobreza; 14 años después la cifra era casi idéntica 53.2%, pero como la población de acuerdo al censo del 2000 era de 97.4 millones de personas había entonces 52.25 millones de pobres. Una década y media después, con una población de 120 millones de habitantes, el comportamiento de la economía ha producido más de 11 millones adicionales de pobres hasta alcanzar la cifra histórica de 63.3 millones de pobres hoy en día.

Ya se mencionó que hay una baja satisfacción con la democracia, pero lo mismo pasa con la economía. El 25% de los latinoamericanos está muy satisfecho o más bien satisfecho con la economía. En México lo están sólo 13 de cada 100. Resulta claro: es aún menor la satisfacción con la economía que con la democracia.

El ciudadano vive mal su situación actual y parece que las expectativas de que mejore su futuro tampoco son buenas. Acerca de la imagen del progreso del país, 32% de los latinoamericanos consideran que su país está progresando, pero en México sólo lo cree 18%. Más aún, la Encuesta Nacional señala que cerca de ocho de cada diez encuestados (77.2%) consideran que la situación del país es peor o está igual de mal al compararla con el año anterior. Por eso no extraña que 43.7% crea que el sentimiento que predomina en México sea el enojo, el 38.5% el miedo y 29.5% la preocupación. De manera tajante, 73.4% de los mexicanos considera que el país va por el rumbo equivocado. En concordancia con ello, y en disonancia con la satisfacción con la democracia, mientras que 37% de los latinoamericanos consi-

⁷ *Latinobarómetro*, p. 36

⁸ *Ibid.*, p. 37

⁹ *Ibid.*, p. 40

dera que la situación económica de su país será mejor o mucho mejor. En México sólo lo percibe así uno de cada cuatro.

DEMOCRACIA Y ELECCIONES

La desconfianza en México hacia las elecciones es mayor que en el resto de América Latina. Ante la pregunta realizada por Latinobarómetro: “¿cree Ud., en términos generales, que las elecciones en su país son limpias o fraudulentas?” En primer lugar se encuentra Uruguay, donde 82% opina que son limpias. El promedio latinoamericano es de 47% y México es el más bajo de la región, donde sólo 26% de la población opinó que las elecciones eran limpias.

Por otro lado, ante la pregunta plasmada en la Encuesta Nacional ¿en qué medida en nuestro país se puede votar por el partido que se quiera? poco más de siete de cada diez contestaron que “siempre”; mientras que poco menos de uno de cada diez respondió que “nunca” y dos de cada diez señalaron que “a veces.”

En efecto, 3 de cada 4 mexicanos desconfían de los comicios. Sin embargo, si las normas y los procedimientos electorales son robustos, auditados y verificados; si el padrón electoral es de alta calidad y confiable; si el método para confeccionar las mesas directivas de casilla con los vecinos de los electores para recibir y contar los votos es mejor que designar funcionarios públicos; si no hay mejores condiciones de equidad para los contendientes ni más acceso a los medios de comunicación de los candidatos que en México; si las actas de todas y cada una de las casillas de votación se publican en internet apenas llegan a la autoridad electoral; si no hay ningún candado de seguridad que no se haya aplicado, ¿por qué acusamos la mayor desconfianza de la región a las elecciones?

Una variable que no debe excluirse es la actitud de los actores políticos ante el resultado electoral. ¿Cuántos candidatos que hayan quedado en segundo lugar en Uruguay o Chile han cuestionado el resultado electoral? ¿Cuál es la conducta de los medios y de la opinión pública hacia el procedimiento electoral? Visto de otra forma ¿es más o menos confiable el sistema electoral mexicano hoy que, digamos, en el año 2000?

Todo indica que los procedimientos se han fortalecido, que los indicadores objetivos, medibles, del desempeño de las autoridades electorales han mejorado respecto a hace 15 años, pero la mayor valoración se obtuvo en 2000, con las elecciones de la alternancia. Es así que la confianza en las elecciones depende, por supuesto, de las reglas y las instituciones, de su desempeño, pero también de la conducta y responsabilidad de los principales actores políticos, del perdedor, así como de quienes se encargan de formar la opinión pública.

Por otro lado, el sistema electoral mexicano se construyó a partir de una profunda desconfianza entre los actores políticos. Por ello, se diseñaron una multiplicidad de candados encaminados a garantizar el respeto al voto. Fue así como transitamos de un partido hegemónico a un sistema de partidos. Sin embargo, el resultado fue, también, un sistema complicado, rebuscado y poco accesible para la población. Actualmente, México cuenta con leyes electorales barrocas que favorecen la litigio-

sidad electoral. No hay sistema político en el mundo con más juicios en materia electoral que México. Así, las elecciones no son un asunto que se comprenda fácilmente, lo que contribuye a la desconfianza hacia la política, hacia los partidos, hacia los comicios y hacia el árbitro electoral mismo. Ir del barroco electoral a un diseño minimalista empieza a ser una condición de credibilidad.

México dejó atrás el sistema autoritario de partido hegemónico, pero con frecuencia se afirma que sólo tiene una “democracia electoral”. Conviene recordar, sin embargo, que la democracia siempre es política, formal, representativa y plural. Por ello no hay democracia que no sea, primero, electoral y sobre la base del respeto al sufragio se edifica el resto del Estado de derecho.

LOS HIJOS DE LA (MALA) DEMOCRACIA

Otro de los ejercicios que el INE ha realizado y que nos da luz sobre el estado de la democracia y la cultura democrática en nuestro país es la Consulta infantil y juvenil.¹⁰ Los resultados de la encuesta deben ser analizados con rigor y cuidado metodológico, pues se trata de opiniones y percepciones de lo que los niños y jóvenes dicen vivir. Además, si bien casi tres millones de opiniones son un número importante por sí mismo, no son una muestra significativa de todos los menores del país pues quienes participaron en la consulta pueden mostrar cierto sesgo –positivo– para involucrarse, por voluntad propia o por un entorno familiar propicio, en los asuntos. Es factible, por lo tanto, que la situación de quienes no participaron en la consulta sea, incluso, más adversa.

A los tres grupos de edad se les preguntó si se sienten seguros en su casa, en la escuela –a los grupos de 10 a 13 y de 14 a 17 años también por los alrededores de la escuela– y en la calle. Además, a los adolescentes se les preguntó su percepción de seguridad en el trabajo. Como es natural, la casa es el lugar donde más seguros se encuentran los niños y jóvenes. Sobresale la percepción de inseguridad en la escuela, que se duplica para el grupo de 14 a 17 años (15.3%) respecto a los niños de 6 a 9 años (7.9%), y supera la cuarta parte de las opiniones en el grupo de adolescentes (27.2%). Peor todavía es el sentimiento de inseguridad de los niños y jóvenes en la calle. Tres de cada cuatro niños (75.4%) de 6 a 9 años se sienten inseguros en la calle; seis de cada diez (59.7%) de los que tienen entre 10 y 13 años, y menos de una tercera parte (29%) de los adolescentes comparten este sentimiento.

No se trata sólo de la extendida percepción de los adultos de que, comparativamente, la infancia ya no es lo que era para poder jugar en las calles –ese espacio primordial de socialización–, sino la constatación de que los espacios públicos cada vez lo son menos. Estos datos reflejan que en México se vive una infancia de puertas

¹⁰ La consulta infantil y juvenil se realizó el mismo día de la jornada electoral en México, el 7 de julio de 2015. Se instalaron 13621 casillas en parques y plazas públicas, además de 1895 casillas itinerantes. El objetivo fue promover que niños y adolescentes ejerzan su derecho a participar y a expresar su opinión sobre asuntos y problemas que les afectan, así como propiciar que sus puntos de vista y propuestas puedan ser conocidas y tomadas en cuenta.

adentro con temor a salir donde están los otros. Habrá que poner atención sobre las implicaciones que para la convivencia y coexistencia social tendrá el crecimiento de generaciones para las que la calle se volvió un espacio ajeno y, peor aún, peligroso.

Desde muy temprano la violencia está presente en la vida de los mexicanos, y eso no se explica sólo por la expansión de la espiral disruptiva de la delincuencia organizada en los últimos años. Basta decir que 12% de los niños de 6 a 9 años dice que “en mi familia me golpean”, mientras que 35.6% de los niños de 10 a 13 años dice haber “sido testigo de actos de violencia contra otra niña o niño”. Entre los adolescentes de 14 a 17 años, una quinta parte (19.5%) declara sufrir o haber sufrido violencia y 17.4% haber participado en actos violentos.

Del 19.5% de los jóvenes de entre 14 y 17 años que dice sufrir o haber sufrido violencia, 44% señala que ha sido violencia física, 67.3% verbal, 32.8% psicológica y 11.6% sexual (el porcentaje no suma 100% porque pudieron marcar más de una opción). El que dos adolescentes de cada 100 (el 11.6% del 19.5% que dice haber sufrido violencia) manifiesten haber sido víctimas de violencia sexual es un dato sobre el que no puede pasarse la página desde el Estado y la sociedad.

Otros datos en particular inquietantes son que 17% de los niños de entre 10 y 13 años afirma que “en mi escuela o por donde vivo ofrecen drogas a niños y jóvenes” y que 4% de los jóvenes de 14 a 17 años señale que “me obligan a formar parte de un grupo de delinquentes”.

Una sociedad desconfiada produce niños y jóvenes recelosos de los demás. Si bien entre los niños de 6 a 9 años la confianza es mayor (98.4% confía en su familia, 82.6% en sus amigos y 94.4% en sus maestros, 84% en el ejército y 80.9% en la policía), comienza a descender entre los de 10 a 13 años (97.2% confía en su familia, 76.4% en sus amigos, 84.4% en sus maestros) puesto que 19.4% no confía en las autoridades de la escuela, 26.1% tampoco en el ejército, 28.5% no confía en la policía, 49.4% desconfía de sus vecinos y 55.9% del gobierno.

Entre los adolescentes la confianza se mantiene alta en la familia (95.9%), es mayoritaria hacia las amistades (70.3%), pero se vuelve negativa hacia los maestros (sólo confía 44.6%), los médicos (32.7%), el ejército (25.2%), los vecinos (23%), la policía (21.7%) y baja en extremo hacia los gobernantes y los partidos políticos (ambos con 5.2 por ciento).

En lo que hace a la cultura de la legalidad, 75.6% de los niños de 6 a 9 años dijeron que se comprometían “a cumplir las reglas”. Sin embargo, sólo 32.1% de los niños de entre 10 y 13 años se comprometieron a “respetar la ley” y ese compromiso lo asumió 53.6% de los jóvenes de entre 14 y 17 años.

En opinión de los niños de 10 a 13 años “lo que ayudaría para que haya justicia

CUADRO 2. PERCEPCIÓN DE (IN)SEGURIDAD DE NIÑOS Y JÓVENES EN MÉXICO (%)

EDAD	ME SIENTO SEGURA (SEGURO) EN...							
	MI CASA		MI ESCUELA		LA CALLE		MI TRABAJO	
	sí	no	sí	no	sí	no	sí	no
6 a 9	96.1	3.9	92.1	7.9	24.6	75.4	n.p.	n.p.
10 a 13	97.1	2.9	84.7	15.3	40.3	59.7	n.p.	n.p.
14 a 17	95.6	4.4	72.8	27.2	29.7	70.3	36.1	63.9

FUENTE: INE, Consulta infantil y juvenil, 2015. n.p. significa No se preguntó.

y paz en México” es “que no haya corrupción” (59.1%) seguido de “que los gobernantes cumplan lo que prometen” (47.1%). Para los jóvenes de 14 a 17 años, lo “que ayudaría a que las personas jóvenes participemos más en la construcción de un México de justicia y paz” –podían seleccionar tres opciones de seis– es “que podamos expresar nuestras ideas con libertad” (69%), “que haya más seguridad” (64.3%) y “que el gobierno nos tome en cuenta en acciones para mejorar el país” (52.7 por ciento).

Quizá sea en la exigencia de expresar ideas en libertad y de ser tomados en cuenta por parte de los jóvenes, donde pueda encontrarse un dato alentador de las opiniones que recoge la encuesta infantil y juvenil 2015.

Los niños y jóvenes que participaron en la consulta son hijos del siglo XXI. Los mayores, nacieron hacia 1998, cuando el pluralismo se había instalado en el Congreso y todos iniciaron la escuela y aprendieron a leer después de la primera alternancia en la Presidencia. Son también los primeros hijos del México democrático, pero son una generación que vive un presente amenazador y un futuro sombrío en el mejor de los casos.

NOTA FINAL

La insatisfacción de la ciudadanía con la democracia realmente existente es uno de los datos duros de la época que vive México. El malestar social erosiona los consensos básicos sobre los que se edifica y reproduce una sociedad democrática. A los añejos problemas de pobreza y desigualdad, hay que sumar la violencia y la inseguridad cotidianas, que combinadas con el binomio corrupción e impunidad generan una seria crisis de legitimidad de las instituciones públicas y del Estado mismo.

En el corazón de la agenda democrática del país debe situarse la construcción de una auténtica cultura ciudadana que respete los derechos y sea propicia para el ejercicio de las libertades. A la vez, es de tal magnitud el desafío que la estrategia de recuperación del aliento democrático no puede circunscribirse a una agenda sólo político electoral, como ocurrió durante la democratización y aún con las reformas constitucionales y legales posteriores a la alternancia, como fueron las de 2007-2008 y de 2014.

Es factible aventurar que la salida a la crisis de confianza en la democracia no se encontrará en una nueva vuelta a la noria electoral –si bien hay ajustes más que pertinentes en la materia–. Una hipótesis alternativa es que con tal nivel de desigualdad, de estancamiento económico, de insatisfacción en el día a día, de pesimismo acerca del rumbo de la economía familiar, no crecerá el aprecio al gobierno, a los partidos, al parlamento, a la democracia. Puede ser hora de preguntarnos por los resultados de la democracia, más que por los resultados electorales.

Una democracia que ha mantenido inalterada la abismal distribución de la riqueza (el decil superior concentra alrededor de 60% del ingreso y dentro de este mismo decil el uno% de la población más rica concentra 21% del ingreso total) difícilmente puede asentar sus cimientos en el respaldo de la mayoría de la población.

Con todas las insuficiencias de la democracia mexicana realmente existente, no

hay un régimen político más adecuado que la democracia representativa, deliberativa y participativa para resolver los problemas sociales, políticos y económicos. No conviene en México, ni en otro país latinoamericano, minusvaluar lo que representa tener gobernantes y representantes populares emanados del voto y no de simulaciones o, peor, de imposiciones de fuerza. Falta construir la agenda del bienestar y la equidad, pero es una agenda que ha de edificarse en código democrático. La historia latinoamericana nos muestra con crudeza que no hay atajos, que prescindir de la democracia no garantiza mejoras en la calidad de vida y que en cambio sí asegura atropellos generalizados a los derechos fundamentales y las libertades.

NOTACIÓN GRÁFICA

